

Monte de Venus

Por Eduardo Anguita

ESTA Venus no es la misma mujer-diosa que ha simbolizado el amor y la belleza del amor en los cantos de todos o casi todos los poetas pasados y presentes. Porque, en fin de cuentas, por distintas que hayan sido las inspiradoras, el hombre que ha sentido e intuido a su amante la ha cantado, descrito y profundizado siguiendo las mismas líneas que todos los demás amadores. D. H. Lawrence (en sus poemas), Paul Eluard, Neruda, Darío... han descubierto, ciertamente, sentimientos propios y diferentes, según la textura de ellos mismos (los amadores), o según la de ellas; sin embargo, con pocas diferencias, han erigido a una mujer, sólo a una mujer, a la Mujer universal y esencial.

La Venus de nuestro poeta Manuel Silva Acevedo, conservando, claro está, los rasgos arquetípicos de la mujer mítica —con toda su femineidad y su principio universal del yin (lo femenino del Eros cosmogónico)— ha creado en su poesía varias, muchas, decenas de mujeres completamente diferentes. En su libro *Monte de Venus*, se configura cada "bienamada" con rasgos tan diversos que a los lectores nos parece, al comenzar a leer un nuevo poema, que el amor vuelve a inventarse. (Rimbaud programaba aquello de que "el amor debe reinventarse"; pero se refería a otra manera de amor, bastante antagónica a la de la poesía de Silva Acevedo). Nuestro poeta describe, profundiza y constituye a cada mujer como un ser singular absolutamente distinto de los otros. Su experiencia del amor es múltiple, y eso depende, casi exclusivamente, a que trata (en la poesía y, por supuesto, así debe ocurrir en su realidad amorosa) a cada una en su singularidad; o, mejor dicho, inventa la individualidad existencial y concreta de cada mujer-amante según el sentimiento y la inspiración propios de él, el macho, en cada determinado

encuentro amoroso. Ya no nos la habemos con la Mujer mítica y esencial, sino con la *mujer-situación*; ésta fluye del amor eminentemente activo imperioso y creador de Manuel Silva Acevedo. El amante impone su voluntad a la manera de un guerrero. Es brutal, y para él el asedio y la conquista tienen mucho de agresividad primordial, de hambre original, de lucha a muerte. Por cierto que el conquistador, el lobo que él es frente a la mujer, recibe también las marcas indelebles de cada zarpazo por parte de su presa que se defiende. En toda esta lucha, en este cúmulo de batallas eróticas, se configuran todas y cada una de sus mujeres en forma única y diferente. A cada cual el amante-cazador la trata conforme a su naturaleza; la ataca conforme a cómo se defenderá. ¡Es un arte bélico su *ars amandi*!

Hay muchas mujeres, decíamos. No habíamos leído nunca una singularización tan notable. Citamos pequeños fragmentos de algunos poemas.

1.— GEMINIS. "Tiene una cierta hiedra, una alimaña/ que en el pecho le parte, le rompe, le divide/ el alma: ella es y no es./ Y cuando es/ como un reloj pulsera taconeando/ tras tuyo" (...)
"Pero de pronto no es, y como si la dinamitaran/ lanza todas sus cosas por el aire/ y ella misma se niega y se desarma". 2.— TRIDENTE. "Rasgo tu blanca piel de arriba abajo/ con zarpazo de oso extraviado y con hambre./ Te destrippo de manera cabal, figurativa/ deliciosa dama". 3.— CAMPANADAS. "Me gusta tu voz como de enojo/ mi torreoncito/ lleno de palomas pávidas y henchidas./ Me gusta la parroquia de tus muslos/ y sus cánticos y sus procesiones./ ¡Repiquen ya tus campanas!/ ¡Abranse tus puertas/ que huelen a encinares/ y a incendios de setos de boj!"... Gran poeta este chileno de cuarenta años y de libros originales y libres.